

HEANEY *y sus amigos*



JUAN
FERNANDO
GUTIÉRREZ

Si no fuera porque Derek Walcott nació veintitrés días después de terminado 1929, tendríamos un grupo de cuatro poetas amigos que representarían, cada uno, por nacimiento, una década del siglo xx, consecutivas las cuatro. Miłosz, el polaco, profesor de la Universidad de California, en Berkeley, vino al mundo el 30 de junio de 1911. Walcott, el caribeño, ya mencionado, profesor de Harvard, vio la luz en enero de 1930. Heaney, el irlandés, profesor de Oxford, nació en abril de 1939. Y Brodsky, el ruso del grupo, profesor de Michigan, llegó a la vida en 1940.

Con la reciente muerte de Seamus Heaney, estas palabras son un homenaje a la poesía y a la amistad. Heaney y sus amigos, el ruso (muerto en 1996), el polaco (fallecido en 2004) y el antillano (el único vivo de los amigos), permiten reconocer bellas cualidades en grandes poetas, porque los cuatro lo fueron, con obras que han enriquecido las literaturas inglesa, polaca y rusa, si hablamos de lenguas. Pero también la tradición del Caribe y las tradiciones americana y europea. Y, por encima de todo, han ampliado el lugar de la poesía, demostrando que las palabras siguen disponibles para decir verdades de manera bella y conmovedora, por terribles que sean esas verdades.

Heaney, porque es él el protagonista de esta historia (pero también sus amigos), nació en Irlanda del Norte, en el Condado de Derry. Estudió literatura y fue testigo de las disputas entre el sur y el norte, entre protestantes y católicos, y en muchos de sus poemas quedaron registradas estas realidades de su país. Católico. Admirador de Yeats, el poeta más famoso de su país. Vivió en Dublín, donde murió. Sus últimas palabras, como lo registraron muchos medios de comunicación del mundo, fueron para su esposa Marie: “Noli timere”. En latín. “No tengas miedo”.

A Marie le dedicó bellos poemas, como uno en donde ambos corren por una estación del metro de Londres para llegar a un concierto, mientras caen los botones de la chaqueta de ella. Al final del poema, Seamus nos cuenta cómo él, de la misma manera que Hansel, regresa recogiendo cada botón, y nos hace saber que está atento por si los pasos de Marie lo siguen, pero “antes muerto que mirar atrás”, recordando el mito de Orfeo y Eurídice. Es un homenaje al amor. No mira hacia atrás, mientras su amada lo sigue. Y este poema, si se quiere, remite a sus últimas palabras para Marie. Sigue. “No tengas miedo”. No mires atrás. Sigue que yo, ten fe en mis palabras, seguiré tus pasos.

El amor ocupa buena parte de su páginas. Pero también la realidad cotidiana, la misma poesía y algunos hechos de la historia de Irlanda en el siglo xx. Y la amistad, predecible en un hombre que se destacó por su generosidad, su amabilidad y su gusto por el diálogo. En muchos lugares se recuerdan su sonrisa, su aspecto de hombre sabio, sus palabras sobre otros poetas y sus consejos. Se

recuerda, seguramente, su amistad, igual que su poesía. Y la amistad es la ruta de esta historia. Heaney y tres de sus amigos. Heaney y los rasgos que tiene su obra en común con la obra de esos amigos. Porque, como se puede decir a partir de algo ya dicho largamente, dime con quién conversas, a quién visitas y lees, a quién quieres y admiras, y te diré de qué hablas y de qué escribes.

Pero antes de comenzar a hablar de Heaney y de Miłosz, de Heaney y de Walcott, y de Heaney y de Brodsky, quiero imaginar una cita en Nueva York donde Heaney visita a Brodsky y se encuentra con Walcott (se han registrado algunas). En un apartamento están los tres, hablando de Auden, poeta al que admiran. Elogian su perfección métrica y su capacidad de escribir poemas modernos, hablando de carros y de semáforos como si Keats hablara de dioses griegos o Milton del paraíso perdido. Joseph fuma. Seamus y Derek se ríen de alguna ocurrencia del ruso. Tocan la puerta. Alguien abre y es Miłosz, con algunas gotas de lluvia en su chaqueta. El recién llegado se une a la conversación, luego de algunos saludos emotivos. Poco a poco, Derek y Seamus se percatan de que han pasado dos años desde la muerte del que ha llegado. Y, si esto es así, también han pasado diez años desde la muerte de Joseph, quien los hace reír en ese instante. No temen. No es momento de pensar en eso. Pero sí en otro vodka, que Joseph sirve con una mueca de ternura y de éxtasis.

La ética (Heaney más Miłosz)

Heaney llegó a decir, en algunos momentos, que Czesław Miłosz fue el poeta más representativo del siglo pasado. Como argumento declaraba, en ensayos y entrevistas, que Miłosz vivió muchos de los momentos más significativos del siglo, describiéndolos con una poesía de gran profundidad y belleza. En un retrato hecho y publicado en la revista *Letras Libres*, Seamus escribe que uno de los fantasmas constantes en la obra de Miłosz es “el sintagma ‘el siglo’”. El siglo donde la poesía privilegió la subjetividad al extremo, con un lujoso río de quejidos y de miserias personales —de los mismos poetas—, en libros y libros y libros (y él nunca sucumbió ante esto, a pesar de las cosas vividas).

La visión del mundo que Miłosz expresa en sus poemas es clara, y se rige por un principio: no

exagerar. El poeta polaco trató en sus ensayos y poemas los asuntos del hombre del siglo, el mismo hombre de siempre: sus delirios, sus miedos, sus creencias, sus odios, sus pasiones, sus guerras, sus envidias, sus soledades. En otras palabras, tomadas de uno de sus poemas: su “extravagante naturaleza”. Miłosz describe, verso a verso, todas estas acciones, con cada uno de sus resultados monstruosos o bellos. En la voz de Heaney, su amigo Czesław reconoce en sus poemas la impredecible naturaleza del hombre, pero, aun con esta verdad, deja presente una verdad más necesaria: a pesar de las circunstancias, existe un “mandato inmemorial que nos conmina a la firmeza moral y de espíritu”.

Esta misma sombra ética respira en la poesía de Seamus Heaney. Para el poeta irlandés existía un compromiso espiritual con su realidad, sin que esto significara olvidarse de que la poesía es hija de la fantasía, como lo planteó Miłosz. A propósito de esto, es preciso recordar una entrevista con Heaney para un documental del canal Film & Art. El escritor explica que la responsabilidad del poeta es amplificar y analizar la “música de lo que sucede”, “la mejor música del mundo”, palabras tomadas de una historia clásica irlandesa. Y, en esa misma respuesta, recuerda que aunque debe existir este compromiso con lo real, también está la otra música: “la música de las sirenas (...) la música de lo que podría suceder y la música del deseo”.

Seamus escribió en muchas ocasiones poemas para analizar y amplificar la realidad de Irlanda del Norte, que se parece a otras realidades de la Tierra. Pero siempre tuvo claro que, por encima de cualquier situación política, está la poesía desnuda, sola y a ciegas ante el mundo, sin obligaciones ni banderas ni proclamas. En la misma línea de su maestro y amigo polaco Czesław, estuvo seguro de que la poesía solo se debía a su magnífica libertad, sustentada en la empresa de cavar (para usar un verbo que es un lugar común cuando se habla de su obra), cavar en el lenguaje y nombrar el mundo.

La fe (Heaney más Brodsky)

Muchos lectores ya conocerán la repetida mitología de anécdotas en torno a Joseph Brodsky, poeta ruso que murió en Nueva York. Brodsky, como ya lo recordó una gran poeta polaca, era un hombre

Seamus escribió en muchas
ocasiones poemas para analizar
y amplificar la realidad de Irlanda
del Norte [...]. Pero siempre
tuvo claro que, por encima de
cualquier situación política,
está la poesía desnuda, sola
y a ciegas ante el mundo, sin
obligaciones ni banderas ni
proclamas.

al que le gustaba llamarse a sí mismo “Poeta”. Sin más. Además, supo desde siempre, desde sus distantes años juveniles, que lo único a lo que quería dedicarse era a su fe en las palabras, por lo que fue acusado y condenado en su país, y luego expulsado. Estuvo temporalmente en Europa hasta encontrar su residencia definitiva en Estados Unidos, donde se convirtió en un poeta admirado y leído, y en un compañero y maestro maravilloso de otros poetas.

Pocos hombres y poetas han tenido una creencia casi sagrada, a ciegas e inmodificable, en el poder de las palabras, como la que tuvo Brodsky. En un texto escrito por Seamus tras la muerte repentina de Joseph se lee: lo que más apreciaba en la poesía era “la capacidad del lenguaje para ir más rápido y más lejos de lo esperado”. Y justamente este rasgo lo comparte Heaney con él. No es gratuito que en el artículo ya mencionado el poeta irlandés recuerde que cada encuentro con su amigo polaco era una “renovación de la creencia en las posibilidades de la poesía”. Joseph siempre fue firme con sus apreciaciones: la palabra es el fuego necesario, y solo la lengua puede abrirnos otras realidades y darnos explicaciones de lo incomprensible.

Ese poder de las palabras y el lenguaje es reconocible en los mejores poemas de Heaney. Él, de la misma manera que su amigo ruso, evidenció



Seamus Heaney

la necesidad de conocer la cocina (palabra usada por Seamus) de la poesía. Existe la técnica y es necesaria para lograr que el lenguaje se abra y se exprese con grandeza, según el pensamiento de Joseph. Tal como sucede en la poesía de Heaney: poemas donde lo maravilloso ocurre entre lo rudimentario, y donde se avistan campos nuevos para el entendimiento. Todo posible gracias a la fe en las palabras, al conocimiento y el respeto por la tradición y el oficio.

Para Joseph, la poesía debía engrandecer el lenguaje. Este hombre, que dividía sus años entre Nueva York y Venecia, creía que el poema —esto lo dice Heaney en unos versos elegíacos dedicados a su amigo— debía medir “el dolor y la razón”. El ruso tenía la convicción que poseen muchos hombres y mujeres en su interior, aunque no sean dedicados lectores de versos: que la poesía es un argumento contra la degradación de los comportamientos humanos. Seamus lo compartió y lo elogió, y lo practicó en su obra, dejándonos duraderas lecciones sobre nuestros sentimientos y razones, nuestras acciones y dudas.

La furia (Heaney más Walcott)

Derek Walcott, un negro de ojos claros nacido en el Caribe, ganó el Premio Nobel en 1992. Cuando esto ocurrió, fue unánime y recurrente una opinión: con el galardón se destacaba a uno de los mejores de la lengua inglesa, en lo que el mundo lleva de mundo y la literatura es literatura. Entre las muchas grandezas que elogian sus críticos y lectores, está el perfecto dominio de la narración poética, que lo ha llevado a revivir la épica en nuestros días, con libros emblemáticos como *Omeros*. Igualmente admiran la textura de su lenguaje, que le ha impreso al inglés los ritmos y los colores de las Antillas.

El escritor David Huerta, en una entrevista con el poeta, comienza su escrito con una frase de Brodsky: Derek “es el hombre gracias al cual vive el idioma inglés”. Las palabras del ruso son enfáticas con un solo propósito: recordar las labores que los versos de Walcott han hecho por el inglés en las últimas décadas. Sus cadencias, sus colores, sus mezclas, sus referencias, todo proveniente de la música del mar y del aire del Caribe. Todo esto —bien ejecutado y con un talento grandioso con las palabras— ha derivado en un enriquecimiento del idioma. Los mejores libros de Walcott le han regalado al mundo, como lo hicieron con sus obras Shakespeare o Dickinson, un inglés renovado. Brillante y furioso. Mágico. Como el mar, su mar en Santa Lucía.

Seamus y Derek son poetas sinfónicos. En sus lenguajes habitan muchas voces. Y una buena definición de esta empresa son dos versos muy citados de Walcott, pertenecientes al poema *Goleta Flight* (también citados por Huerta). En dos líneas el poeta da las claves que han llevado a muchos hombres y mujeres a escribir poemas grandiosos: la multiplicidad de voces, la memoria de la sangre y el eco de otros. “Hay en mí del holandés, del negro y del inglés / Y: o soy nadie o soy una nación”. Y, más que una nación, la poesía de Derek es una Literatura, en mayúscula, como quería Pessoa y lo dejó expresado en su *Libro del desasosiego*.

“La gramática es una forma de historia”, escribió Walcott en un ensayo sobre el amigo Joseph. Palabras perfectas también para su obra y la del amigo irlandés de ambos, el querido Seamus. Lo importante en la poesía son las palabras, lo que ellas dicen en una combinación única y que de otra manera no lo dirían. Por lo que Walcott consignó en el mismo ensayo que Brodsky busca que “la acción crezca a partir de la

sílaba”. Lo que han hecho los poetas más ejemplares, internarse en el lenguaje y desde el corazón más profundo de este inaugurar un universo y levantar ante los lectores una acción magnífica. Porque de esos hombres, incluidos nuestros amigos, se puede decir lo siguiente, tomado del mismo texto anterior: un hombre que “mastica y digiere el pasado de manera audible”.

Postscript

Hay un poema de Seamus titulado “Postscript”. En él, el poeta describe un paseo al lado de aguas “color gris pizarra”. Inspirado por este poema, imagino un nuevo encuentro de estos cuatro amigos. Seamus, Derek, Joseph y Czesław ocupan un carro tal como se menciona en los versos. Es el otoño de 1995, y Seamus será el Premio Nobel de ese año. La casualidad los tiene en tierras irlandesas, y viajan hacia algún lugar que los cuatro desean ver. El viento va y viene, y danza, como en el poema, en una lucha asombrosa con la luz. Quien conduce es Andrew, un periodista joven, graduado en Londres y editor de revistas académicas.

Me aventuro a pensar que Seamus, en un instante de silencio en el carro, cree que aquel fragmento del día merece un “Gracias”. Llega a su mente el primer verso del poema “Don” de Miłosz: “Qué día tan feliz”. Y el resto, como en el poema, es enumerar las maravillas que da la jornada: levantarse, ver la niebla, escuchar pájaros y exclamar que no hay nada en la tierra que se desee tener, ni alguien que valga “la pena envidiar”.

Me aventuro a pensar que Joseph, en el mismo instante de silencio, convoca a su cabeza versos de Derek, porque el agua y el viento le han recordado la música de su amigo. Se recuerda a sí mismo las líneas en las que Derek hace hablar a un hombre de mar, quien exclama que ve, de repente, a un hombre parecido a él, quien llora “por las casas, las calles, por toda esta isla de mierda”. Aunque no son las aguas del Caribe, estas aguas le reviven a aquel hombre, y su voz declarando que escribirá algo de todo lo que ve, y que cuando lo haga “cada verso estará empapado en sal”, y entonces su “lenguaje ordinario será el viento”.

Me aventuro a pensar que Derek, cuando sus compañeros observan el paisaje en silencio, mira a Joseph, quien va a su lado en la parte de atrás.

Trata de recordar con precisión algunas líneas de su amigo ruso. No sabe por qué se le vienen a la mente, pero ahí están:

*Death be not proud, though some have called thee
/ Mighty and dreadful...*

(No seas, muerte, orgullosa, aunque algunos te hayan / llamado poderosa y atroz...)

Es la música de las palabras asaltando a un lector, la música de su amigo de “inteligencia casi sublime”, como él lo ha llamado.

Me aventuro a pensar que Czesław, en un breve silencio con sus amigos, se encuentra ante una realidad magnífica: es parte, junto con otros tres hombres, de un lugar en el que podría suceder un poema que ha leído y lo ha emocionado. Czesław, en compañía de otros cuatro hombres, está ahí, en el “lugar del poema”, y sabe que la realidad no es la misma. Nunca. La luz no es la misma (aunque parezca), ni el viento ni los cisnes ni la agitación de sus alas. Pero el poema logra reunir muchos momentos distintos, del ayer y del futuro, para recordarnos una lección: con la poesía no se puede detener la historia, como lo ha dicho el francés George Steiner, pero sí comprenderla.

Me aventuro a pensar que el conductor de turno, Andrew, intenta imaginar, en el momento de silencio, qué pasará por la mente de cada uno de los viajeros. ¿Un verso? ¿Una mujer? ¿Una canción? Y, con una sonrisa, se dice a sí mismo que el único pensamiento deleznable podría ser el suyo, pero la felicidad más ardiente también. Felicidad por servir a esos amigos que hablan y han escrito cosas emocionantes, y que minutos más tarde se reirán de un mal chiste irlandés mientras él los conduce a la noche, dejando atrás un crepúsculo de fuego. ■

Juan Fernando Gutiérrez (Colombia)

Periodista de la Universidad de Antioquia. Graduado con la tesis Palabras Maestras, multimedia sobre la vida y obra del poeta José Manuel Arango, que recibió el primer puesto en el Premio a la Investigación Universitaria 2010, categoría Ciencias Sociales y Humanas de esta misma universidad. Desde el 2011 es el coordinador del área de Comunicaciones del Museo Universidad de Antioquia (MUUA) y editor de la revista *Códice*.